

3ª semana de Pascua. Lunes: Jn 6,22-29

Jesús había realizado el milagro de la multiplicación de panes y peces. Después de haber despedido a la gente y a los discípulos para que fuesen en la barca hasta la otra orilla, se fue por el monte a orar. Cuando se levantó una gran tormenta y los apóstoles estaban llenos de temor, Jesús se les hace presente y calma la tempestad. Por fin llegan a la otra orilla, que era la ciudad de Cafarnaún.

Mucha gente, que estaba entusiasmada por haber podido comer en abundancia en lugar apartado y sin apenas alimentos, buscaba de nuevo a Jesús. Se corría la voz de que ya no estaba por el lugar del milagro y corriendo muchos llegaron a Cafarnaún, extrañados de que Jesús ya estuviera allí. Así se lo expresaron.

Jesús va a comenzar en forma de diálogo lo que sería el gran discurso acerca de la Eucaristía. Hay dos temas que se entrecruzan y se complementan: debemos tener fe en Jesús y, por creerle y para aumentar más nuestra fe, debemos recibirle en la Eucaristía, donde ha querido quedarse para ser nuestro principal alimento espiritual.

A la inquietud de la gente que muestra su extrañeza por la presencia de Jesús en aquel lugar, les dice que le buscan porque han comido en abundancia. Es como echarles en cara el que le busquen sólo por un motivo superficial. Les falta captar el mensaje interior, no llegan a entender la misión salvadora de Jesús y el cambio del alma que busca en los presentes. Por el pan material Jesús quiere que lleguen a comprender el Pan espiritual necesario para nuestra vida.

Esto sigue pasando entre nosotros. Hay muchas personas que ante las actuaciones de la iglesia jerárquica o ante actos litúrgicos o devocionales, como procesiones, etc., sólo ven lo externo, se quedan en lo puramente accidental y externo, no captando el mensaje de vida. Algunos buscan a Dios, pero se quedan en el precepto o en lo sensitivo, sin llegar a comprender al Dios del amor que nos pide un cambio de vida para con ella ser testimonio de Cristo resucitado.

Entre los presentes ante Jesús en Cafarnaún los había de buena voluntad. Esa buena voluntad parece manifestarse en la pregunta: ¿Qué debemos hacer para seguir el plan de Dios? Seguro que esa pregunta manifiesta una espiritualidad, derivada de los fariseos, que ponían la perfección en cumplir la Ley o los preceptos del Señor. Por eso, al creer que Jesús habla de parte de Dios, están esperando que les indique leyes y preceptos concretos, como estaban acostumbrados a esperar de los maestros de la ley, que les enseñaban los mandamientos de Dios hasta en mínimos detalles.

Jesús les contesta que lo que quiere Dios de ellos es que tengan fe en Él. Y en verdad que necesitaban mucha fe para disponerse a escuchar las grandezas que Jesús les iba a enseñar sobre la Eucaristía. Fe que no es sólo para un momento, sino que perdure y vaya incrementándose.

Creer en Jesús no significa sólo que pongamos nuestro entendimiento a su servicio para aceptar las verdades que nos diga, sino que es sobre todo poner el corazón y el afecto en Jesús, y todo nuestro ser en su seguimiento. Esto no lo podremos hacer por nuestras fuerzas, pero se nos da una ayuda inestimable, que es el mismo Jesús que viene a nosotros al recibirle en la Eucaristía.

Al ver los motivos muy deficientes de aquellas gentes en el seguimiento de Jesús, podemos examinar también nuestro propio seguimiento: ¿Cuáles son los motivos para seguir a Jesús, si es que le seguimos? ¿Por qué somos cristianos? O ¿Hasta qué punto ponemos el llamarnos cristianos?

Porque la realidad es que entre los cristianos que vivimos juntos hay unas diferencias abismales en cuanto a los motivos de serlo: Desde los que todo lo hacen por egoísmo hasta los que viven los actos de religión por el deseo verdadero de que Dios sea glorificado y todos crezcamos en su amor.